

ANGELINA YUPANQUI

La Malinche del Imperio de los Incas

Néstor Taboada Terán

Desde que leí los ensayos de Octavio Paz sobre la Malinche, Doña Marina, concubina del Conquistador de México Hernán Cortés; y los de Carlos Fuentes sobre la pesadilla del Malinchismo, me he preguntado: ¿Por dónde anda la Malinche del Imperio de los Incas? Obviamente, no recibía ninguna respuesta. Y comenzaron los ardores de la picazón. Innato rastreador de las huellas dejadas por el pasado, este tema alteró mis proyectos tradicionales. Paso a paso fui reconstruyendo el tiempo colonial, armando la vida de las mujeres de la hidalguía inca que mantuvieron relaciones sentimentales con Francisco Pizarro. Fueron tres las principales: Azarpay Ojllu, hija legítima del Inca Wayna Capac; y las Ñustas del Sol: Kiske Sisa y Cuxirimay Ojllu. Doña Juana, Doña Inés y Doña Angelina, respectivamente. Princesas de la hidalguía que emergieron del fondo del amanecer del mundo, las Pacarinas.

Juan de Betanzos dejó Santo Domingo y se declaró al servicio de su viejo conocido Francisco Pizarro, Virrey de Lima, que ostentaba la dignidad nobiliaria de Marqués de la Conquista y un escudo de armas: Atau Wallpa con cadenas en el cuello y las manos sobre cofres de monedas de oro, flanqueado por doce indios nobles que a su turno murieron ahorcados y quemados. “Para ser verdadero y fiel traductor tengo de guardar la manera y orden del hablar de los naturales”, explicó Betanzos.

El Escribano de Santo Domingo, cuando la vio por primera vez a Angelina Yupanki, esposa de Pizarro, deslumbrado por su belleza entrevió que le pertenecía. Por su lado, la Marquesa advirtió signos de disponibilidad para amarlo. Eros con su posesión devastadora se manifestaba a primera vista en estos dos corazones que encendían sus fuegos. El Marqués de la Conquista estaba hastiado de los intérpretes naturales, tal el caso de Felipillo, indio de la isla de Puna, territorio de Tumbes, que fuera ocasional



Pintura: Oswaldo Guayasamin (Ecuador)

amante de Angelina y después veleidoso alzado, perro de muchos amos, que se alistaba de bando en bando con desconcertante facilidad, hasta que fue hecho cuartos por Diego de Almagro el Tuerto cuando le hubo a la mano en Chile. Pizarro le designó a Betanzos Intérprete Oficial de la Gobernación y le invitó a vivir en Palacio. El ratón al lado del queso. Terminaba el futuro cronista su oficio sedentario de Escribano de la Real Audiencia de Santo Domingo, transformado ahora en un cóndor imaginario que levantaba vuelo. El instinto biológico y sexual hizo el resto.

Aunque parezca extraño, Juan de Betanzos, el vallisoletano, no era el típico conquistador español, soldado lujurioso de sangre atrabiliaria, desalmado que va en busca de aventuras con la vista fija en la recompensa que va a obtener. Hombre apacible, dejó pasar el tiempo de su mocedad en Santo Domingo componiendo y traduciendo los hechos y costumbres de los indios. Escribió *Lexicon y Lecciones de Cristianismo*, que después aparecerían publicados con nombres de otros autores en Valladolid, entre éstos fray Domingo de Santo Tomás. El tiempo se le iba de las manos y él sólo compatibilizaba sus apacibles íntimos disgustos, esperando que lleguen otros momentos.

Tratándose de un hombre de la Conquista, es difícil asegurar que hiciera práctica de castidad y virtud, que nunca antes de Angelina hubo conocido mujer. Pecador con indias del bien común, justamente aquel medio donde era natural ejercitarse en el sexo con la violencia atentatoria que no estaba penada por la Iglesia. Más bien, era un estímulo positivo que penetre Dios en el alma de los indios por la vagina de sus mujeres. De ahí la presencia de “la vergüenza y el horror de la religión genital”, de la que hablan los escritores iberoamericanos.

Juan de Betanzos se enamoró de la mujer única. Un amor primerizo. La veneración por una india notable de hermosura. No en vano el rudo capitán de la Conquista la había nombrado Angelina, Ángel de Dios, criatura de maravilla. Y fue bautizada en Jauja, la primera ciudad cristiana de Las Indias. Betanzos carecía de temperamento ardiente, pasta erótica, pero le sobraba sensibilidad poética, naturaleza tierna. Angelina fue para él la perfección corporal y espiritual. Y crecieron en desmesura los desbordes de placer y estupor. Vivieron un paraíso terrenal de compromisos a largo plazo, marcado por lo imposible.

Angelina tenía desarrollado como todas las mujeres un sentido particular para saber quien la quiere bien y no se equivocaba. En ese mar de “vergüenza y horror” colonial, Juan de Betanzos fue el único hombre de verdad. Español cariñoso, cordial y efusivo. Ella tenía una vasta experiencia de exaltación fálica, dignataria de Estado, *Piwi Warmi*, esposa principal de Atau Wallpa, amante de Felipillo y ahora esposa de Francisco Pizarro, después de haber desplazado con sagacidad a las viudas y hermanas de la dinastía Yupanki, el apetecido Oro Secreto del que se declaró heredero absoluto el matador Francisco Pizarro. Posesiva y codiciosa con los hombres y egoísta y agresiva con sus hermanas amantes de Pizarro, Azarpay y Kispe Sisa, esta última apodada Pispita, quien le dio dos hijos al Marqués: Doña Francisquita y Don Gonzalito. Y Angelina dos varones: Don Francisquito y el imputado Don Juanillo. El mito de la fertilidad española.

Angelina era una mujer singular, tenía en sus comportamientos sentimentales un mecanismo propio: buscaba a los hombres y después los abandonaba. Misteriosa, seductora, impúdica, engañosa, dura e independiente. Cambiaba de sentimientos constantemente por objetivos precisos y mejores. Ejercía una rápida atracción como quien poseyera filtros y hechizos de amor y administraba su sexualidad femenina de acuerdo con las circunstancias. Imprevisible Mama Ojllu, con capacidad y don de mujer excepcional, deseaba un nuevo principal y lo conseguía. Su vida era la de una devoradora de notables. Y para ello poseía recursos excelentes: un rostro de niña buena y una trampa vaginal. Puede asegurarse que se identificaba plenamente con la Luna, la diosa de las mujeres, que cuando no apetece de hombres los aleja o destruye.

El amor prohibido de Doña Angelina, la Señora Marquesa de la Conquista, con el intérprete Juan de Betanzos, se tornaba cada vez más peligroso. Llegaba a los límites de lo imposible. Para el amor el coraje es el requisito esencial, los enamorados desesperados buscaban los sitios más apartados para amarse, burlando los peligros de la infidelidad. Eludiendo a los delatores a sueldo que pululaban por todas partes. El viejo Marqués, un pájaro que ya no sabía de trinos, nunca sospechó nada. Primer cornudo de la Colonia, la autoridad más poderosa del que fuera Imperio del Tawantinsuyu, le bastaba un gesto para acabar con los juegos de los amantes, como lo había hecho con Azarpay y Kora Ojllu. El Intérprete Oficial de la Gobernación le enseñó a su querida Angelina la lengua castellana, la instruyó en la lectura y escritura, la adoctrinó en el cariño y respeto a la literatura, a la cultura universal. El amor produjo un éxtasis de elevación de espíritu. Angelina se sentía feliz a su lado. Por fin tenía un hombre culto a su disposición. Así que cuando esbozaba las primeras letras del alfabeto le parecía sencillo. Y en reciprocidad la hermosa Marquesa, que se estaba muriendo de amor, bañándose en almíbar, le puso al corriente del tradicional trato de la hidalguía indiana, la historia secreta del Imperio de los Incas sometido y, algo más terrible e inadmisiblemente, corriendo el albur de los mayores riesgos del mundo, casada infiel le obsequió un hijo varón que decidió llamarlo Juan. Cuando Pizarro reclamó su extrañeza por la obstinación de darle tal nombre, ella, mujer de imperio, le respondió: “Por vuestro hermano Juan Pizarro que murió como héroe en la fortaleza de Sajsawaman”. Francisco Pizarro hizo mutis. Solamente ellos, los amantes, sabían la verdad del evangelio. Y eso fue suficiente. Había en Angelina una tenacidad y una constancia pocas veces vista. Mujer especial, india ingeniosa y divertida. “Yo siempre fui una inquieta enamoradiza, un espíritu descontento”, manifestó su personalidad.

Tiempos de maravilla aquellos en que el fuego del amor abrasaba a los amantes. Jugando con el arte de las

agonías, se comunicaban con rimas y versos estampados en hojas desparramadas por el Palacio. El Marqués de la Conquista, que no leía ni escribía, miraba los papeles comprometedores con los mismos atónitos ojos de Atau Wallpa, faltos de ciencia y letras y por poco no exclamaba también: “Parecen huellas dejadas por las patas de las palomas”.

Angelina y Juan de Betanzos vivían las vicisitudes del amor imposible que transformaron en posible. No hay conductas engañosas en la felicidad de los amantes clandestinos. Cuanta sed tenían acumulada en sus gargantas. Entre los dominios o mundos separados, escribían juntos del mito de la pareja única, borrando las huellas de otras pasiones, echando mano de Eros y Psique, el amor y el alma, para llegar a la unidad total. La apoteosis del alma conducida por Eros. El amor y el alma invisibles.

La espeluznante guerra sexual y cultural que confrontaba el Nuevo Mundo. Juan de Betanzos tenía la sensación de que el amor en que se hallaba inmerso con la Señora Marquesa, no era más que la reconciliación de los dos mundos antagonicos. Expurgaciones de la mente y la imaginación. Inesperados relámpagos de verano. Vivían una nueva y lúcida concepción de la vida. Lo que les acontecía estimaban que en el futuro sería un hecho superado y los enamorados del mundo entero trocarían el Lexicon por una lengua más humana, más elemental, sólida y pura.

Juan de Betanzos soñaba. Le interesaba adquirir fama de cronista. Aspiraba a la gloria. Acaso exceder en reputación a Pedro Cieza de León, Polo de Ondegardo, Garcilaso de la Vega, Sarmiento de Gamboa y Martín de Murúa, los grandes de su época. ¿Angelina Yupanki conocía el anhelo? Obviamente sí, y se constituyó en garante del anhelo, que sólo es posible para almas elegidas. Se dispuso a escribir sobre los Capaccuna, “que a su entender quiere decir que mayor no lo hay ni puede haber”. Intentó aproximarse a Dios Todopoderoso en hombros de los dioses oriundos. El sueño de su vida. “Quiero conocer tu mundo como a la palma de mi mano”. Y ambos crearon la crónica “Suma y narración de los Incas que los indios llamaron Capaccuna, que fueron señores en la ciudad del Cusco, y de todo lo que a ella sujeto, que fueron mil leguas de tierras, las cuales eran desde el río Maule, que es delante de Chile, hasta aquella parte de la ciudad de Quito, todo lo cual poseyeron y señorearon hasta que el Marqués Don Francisco Pizarro lo ganó e conquistó e puso debajo del yugo e dominio real de Su Majestad, en la cual Suma se contiene la vida y hechos de los Incas Capaccuna pasados. Agora nuevamente traducido e recopilado de lengua india de los naturales del Perú por Juan de Betanzos, vecino de la gran ciudad del Cusco. La cual

Suma e historia va dividida en dos partes...”

En las páginas del afamado libro se advierte la atmósfera romántica que respiran los amantes. La alegría intensa, poderosa y plétórica de energía creadora. “En los tiempos antiguos dicen ser la tierra e provincias oscuras y que

en ella no había lumbre ni día...”. Juan de Betanzos es sinónimo de cronista sentimental. Narrador con temperatura alta de seductor. Y Angelina le ofrece su amor exaltado para inflamar sus valores.

Angelina Yupanki sabía que la muerte violenta le perseguía a su marido el Marqués. Le rondaba con aspavientos, haciendo círculos de vendaval frente al Palacio. Y quién sabe si en lo íntimo lo veía con simpatía y lo deseaba. El día trágico: 26 de julio de 1541, exactamente ocho años después del regicidio perpetrado contra su esposo legítimo, el Inca Atau Wallpa, en Cajamarca, 26 de julio de 1533, y doce de las Capitulaciones suscritas en Toledo para la Conquista, 26 de julio de 1529.

Muy de mañana, vestida de luto, Angelina Yupanki se marchó del Palacio llevándose a sus dos hijos, para no retornar nunca más. Los territorios difíciles y personales de los sentimientos íntimos. ¿Qué pensaba en aquellos momentos dramáticos la enigmática Angelina? Hasta el mediodía el Marqués de la Conquista ya era un cadáver exhibiéndose desnudo en el centro de la Plaza Mayor. Los disidentes, encabezados por Diego de Almagro el Mestizo, festejaban la muerte alevosa. Las moscas en enjambre sobre aquellos despojos mortales y amenazantes las aves de rapiña, Alqhamaris y Lequeleques, desplegando sus soberbias alas velaban en los tejados de las casas vecinas. ☐

Néstor Taboada Terán. Narrador e historiador boliviano, nacido en La Paz. Miembro de Número de la Academia Boliviana de la Lengua. Candidato al Premio Cervantes. Uno de los diez mejores novelistas bolivianos. Autor de más de 50 títulos, entre estos *Ollantay la guerra de los dioses*, *Angelina Yupanki Marquesa de la Conquista*, *Manchay Puytu el amor que quiso ocultar Dios y Bolivia una nación privilegiada*.



Pintura: Oswaldo Guayasamín (Ecuador)